

46. Debilidad y Fortaleza

E. J. Waggoner

Cuando los hombres son fuertes, también son débiles; y son débiles precisamente en el punto en el que reside su fuerza. Si no fuera así, tendrían algo propio en lo que gloriarse. Los hombres son muy propensos a enorgullecerse de sus *puntos fuertes*; pero tales puntos son fuertes solo en comparación con otros puntos más débiles de su propio carácter. Comparados con el poder de las fuerzas del mal, los hombres no tienen fuerza, sino que solo pueden manifestar grados variables de debilidad.

Es precisamente sobre estos *puntos fuertes* donde los hombres cometen sus mayores fracasos morales. El punto fuerte de Pedro era su osadía; ipero he aquí que lo vemos acobardado en el tribunal, temeroso de confesar a su Señor! Salomón era el hombre más sabio de la tierra; pero ¿qué exhibición más lamentable de insensatez podría haber que la del rey de Israel rodeado por setecientas esposas y trescientas concubinas, escuchando su consejo y llevando al pueblo de Dios a la idolatría? El punto fuerte de Moisés era su mansedumbre; pero lo encontramos en Meriba diciéndole a la multitud: «Oíd ahora, rebeldes; ¿os hemos de sacar agua de esta roca?»

Los hombres confían naturalmente en sus *puntos fuertes*, y todo hombre es débil cuando confía en sí mismo. Hablamos de «proteger nuestros puntos débiles»; pero nuestros puntos fuertes necesitan ser protegidos tanto como los débiles. Nuestros puntos débiles incluyen a los fuertes. No tenemos más que puntos débiles. Cualquiera que sea el punto en el que confiamos, ese punto es especialmente débil. Y no estamos protegiendo los puntos débiles a menos que protejamos cada punto. Pero debemos recordar que no son nuestras resoluciones, nuestra voluntad o nuestra vigilancia lo que nos guarda, sino nuestra fe. Es «el escudo de la fe» lo que apaga los dardos de fuego del maligno. (Efesios 6:16). La armadura que está preparada para nosotros no es de fabricación humana, sino tal como Dios mismo la ha hecho en Su propia sabiduría y la ha dotado de Su propia fuerza.

Pero no necesitamos desanimarnos porque nos encontremos débiles donde nos habíamos creído fuertes, pues nuestra dependencia no es de nosotros mismos, sino de Dios; y dependiendo de Él, somos fuertes donde somos débiles. Esta fue la experiencia de Pablo,

como escribió a los Corintios. (2 Corintios 12:10). Solo necesitamos unir nuestra debilidad a la fuerza de Dios. Entonces, como el apóstol, podemos «complacernos en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias, por causa de Cristo».

Dios tiene que revelar a cada hombre su debilidad antes de poder salvarlo. El diablo, por otro lado, lleva a los hombres a creerse fuertes para que, confiando en sí mismos, caigan y se arruinen. Cuando nos sentimos fuertes, la advertencia es: «Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga». (1 Corintios 10:12). Pero cuando nos sentimos débiles, demasiado débiles para hacer algo por nosotros mismos, estamos en una posición para obtener la victoria. El peligro es que no nos sintamos lo suficientemente débiles; porque los hombres, en sus momentos más débiles, tienen suficiente fuerza para resistir al Espíritu Santo e impedir que Dios obre en ellos. Si somos lo suficientemente débiles como para rendirnos completamente al Señor, entonces, para aquellos propósitos para los que necesitamos fuerza, llegamos a ser tan fuertes como el Señor mismo.

PT, 1 de noviembre de 1894